

LIBRO TREINTA Y CUATRO.

El Temple. — Luis XVI en la barra de la Convencion. — Su vuelta al Temple. — Mr. de Malsherbes. — Su retrato. — Mrs. Deseze y Tronchet. — Testamento de Luis XVI. — Discusiones sobre el juicio del rey. — Lanjuinais.

I.

El rey se acostumbraba á su cautiverio. Su alma, formada para el reposo y el silencio, se recogia al abrigo de aquellos muros, se fortificaba con la meditacion, se libertaba con las oraciones, y se consolaba desahogándose á todas horas con los únicos seres á quienes siempre habia amado, en aquel pequeño círculo de adictos que el calabozo estrechaba en torno suyo. Olvidando fácilmente las grandezas cuyo peso le habia anonadado, Luis XVI solo tenia un deseo; el de ser olvidado en aquella torre hasta que la invasion estrangera ó la calma devuelta al pueblo por las victorias de la república ó las inconstantes vicisitudes de una revolucion, le reintegrasen, no en

el trono, sino en la oscuridad de un destierro mas dulce, restituyéndole la libertad de su familia. El haberse suavizado su prision, el acento de compasion y la fisonomia menos severa de sus guardianes, le hacian entrever desde hacia algun tiempo una dulce esperanza. Creia reconocer en aquellos sintomas que la cólera se apaciguaba fuera, y era asi, en efecto, por la satisfaccion cuya realidad veia próxima. No merecia la pena de ser aborrecida una víctima que tan pronto iba á ser inmolada.

II.

El dia 11 de diciembre, mientras almorzaba la familia real, se oyó un ruido inusitado en las inmediaciones del Temple. Los tambores tocando llamada, el relincho de los caballos, los pasos de numerosos batallones marchando sobre el empedrado del patio, admiraron y conmovieron á los prisioneros. Preguntaron varias veces á los comisarios que asistian á la comida, mas no obtuvieron respuesta alguna. Por último, anunciaron al rey que el alcalde de París y el procurador de la municipalidad vendrian aquella mañana á busearle para conducirle á la barra de la Convencion, con objeto de que sufriese allí un interrogatorio, y que aquellas tropas eran su acompañamiento. Se le notifico al mismo tiempo la orden para que subiese á su habitacion y se separase de nuevo de su hijo, debiendo tambien en adelante estar privado de toda comunicacion con su familia hasta el dia de su sentencia.

Aun cuando los prisioneros creian que aquella separacion solo seria momentánea, no por eso se verificó sin derramar muchas lágrimas. Se llevó la cama del niño al cuarto de la madre; el rey se enterneció al abrazar á su familia, y volviéndose conmovido hácia los comisa-

rios, les dijo: «¡Pues qué, señores, me quitareis mi hijo, un niño de siete años!—La municipalidad ha juzgado, respondió uno de los comisarios, que debiendo vos estar incomunicado todo el tiempo que dure vuestro proceso, era necesario que vuestro hijo estuviese confinado también, sea con vos, sea con su madre, y ha impuesto la privación á aquel á quien su sexo y su valor hacían suponer mas fuerte y mas capaz de soportarle.»

Guardó silencio el rey y se paseó largo rato en su cuarto, con los brazos cruzados y la cabeza inclinada; despues se sentó en una silla cerca de la cama, donde permaneció silencioso con la frente apoyada en sus manos durante las dos horas que tardaron en llegar los de la municipalidad. Informado secretamente por la actividad de Toulan, de las borrascosas discusiones que habia habido en la Convencion, respecto de él, Luis XVI repasaba su reinado en la memoria y se preparaba á responder ante sus jueces y ante la posteridad.

A medio día, Chambon, poco antes nombrado alcalde de París, y Chaumette, nuevo procurador sindico de la municipalidad, entraron en el cuarto del rey acompañados de Santerre, de un grupo de oficiales de la guardia nacional y de municipales adornados con sus fajas tricolores. Chambon, sucesor de Bailly y de Petion, era un médico entendido y humano, á quien el aprecio público, mas que el favor revolucionario, habia hecho que la capital le eligiese para la primera magistratura de París. Moderado en su opinion, como un corazón bueno y acostumbrado por su profesion á la conmiseracion para todos los sufrimientos de la humanidad; ejecutor forzado de una orden que repugnaba á su sensibilidad, se leía en su fisonomia y en su mirada el enternecimiento del hombre á través de la impasibilidad del magistrado. El rey no conocia á esta nueva autoridad, y la examinaba con aquella inquietud que trata de adivinar el lenguaje y los sentimientos en el esterior, y la actitud del hom-

bre de quien depende una parte de nuestro destino.

Chaumette, hijo de un zapatero del Mediodía, que habia sido sucesivamente grumete, seminarista, escribiente en casa de un procurador, fraile novicio, periodista en París y orador en los clubs, era uno de esos aventureros de ideas y de condicion, á quienes la fortuna y su inquietud natural conmueven desde los dos extremos del orden social hasta que los han llevado á la cumbre para derribarlos y arrojarlos desde lo mas alto. Su estraviada fisonomia, baja é insolente á la vez, llevaba el sello de todas las situaciones que habia atravesado antes de llegar á la segunda magistratura de París. No tenia el pudor de la fuerza ante la debilidad. Se veía en sus facciones, se oía en su acento que estaba orgulloso con aquel violento trastorno de las situaciones de que Chambon se avergonzaba; y que triunfaba interiormente, pensando en el humilde estado de su padre, al humillar el trono ante su tienda, y al hablar como señor á un rey caído.

III.

Antes de notificar al rey por el secretario de la municipalidad, Colombeau, el decreto que llamaba á «Luis» á la barra, Chambon le habló con la dignidad triste y el conmovido acento, propio de un magistrado que habla en nombre del pueblo, pero que dirige la voz á un príncipe destronado. Colombeau leyó el decreto en alta voz. La Convencion, para borrar todos los títulos monárquicos y para llamar al rey como á un simple individuo, con el solo nombre primitivo de su familia, le apellidaba Luis Capeto. El rey mostró sentir mas esta degradacion del nombre de su estirpe, que la de los otros títulos, é hizo un movimiento de indignacion al oírlo. «Señores, respondió: Capeto no es mi nombre, es el de uno de mis

antepasados: hubiera deseado que se me dejase á mi hijo, al menos, durante el tiempo que pasé esperándoos; pero este tratamiento no es más que una continuación de los que sufro aquí desde hace cuatro meses: voy á seguirlos, no por obedecer á la Convencion, sino porque mis enemigos tienen en su mano la fuerza.» Pidió á Clery una levita oscura que se puso encima del frac, tomó el sombrero y siguió al alcalde, que fué siempre delante de él, hasta que al llegar á la puerta de la torre subió en el coche de éste, que llevando los vidrios bajos permitian ver el interior. El carruaje marchó lentamente por los patios, y su ruido sobre el empedrado hizo saber á la reina y á las princesas la salida del rey; pero los pedazos de encima interpuéstos entre la ventana y el pie de la torre, las impedían ver el acompañamiento. Seguíente, sin embargo, con el oído y el corazón. Permanecieron de rodillas delante de la ventana todo el tiempo que duró la ausencia del rey, con las manos juntas, la frente sobre la piedra, pidiendo para él el valor, la sangre fría y la presencia de alma de que tanta necesidad tenía en medio de sus enemigos.

IV.

Se asemejaba París aquel día á un campamento; el aspecto de las bayonetas y de los cañones lo comprimía todo, hasta la curiosidad. Parecía estar suspenso el movimiento de la vida. Se habían doblado todas las guardias, y á cada hora se pasaba lista para asegurarse de la presencia de los guardias nacionales. Un piquete de doscientas bayonetas, vigilaba en el patio de cada una de las cuarenta y ocho secciones, y una reserva con cañones estaba acampada en las Tullerías; numerosas pa-

trullas daban el *¡quién vive?* en todas las plazas y las calles.

La escolta que se reunió por la mañana en el Temple, era un ejército completo con infantería, caballería y artillería. A la cabeza marchaba un escuadrón de gendarmes nacional, y detrás tres piezas de artillería con sus cajas de municiones; seguía el coche del rey flanqueado por una doble columna de infantería, que marchaba entre las casas y las ruedas. Un regimiento de caballería de línea formaba la retaguardia, seguida aun de otras tres piezas de artillería. Todos los soldados que componían aquel día la fuerza armada de París, habían sido escogidos y designados por la municipalidad después de haber tomado informes de sus gefes. La infantería llevaba diez y seis cartuchos por plaza; los batallones y escuadrones, prontos á hacer fuego, iban á tal distancia los unos de los otros, que á la menor alarma tenían el espacio necesario para formarse en batalla. Los ciudadanos ociosos eran separados brutalmente del tránsito, enviándolos á sus trabajos; las calles de árboles que forman los boulevares, las puertas y las ventanas de las casas estaban llenas de gente cuyas miradas buscaban al rey, y éste también miraba á la multitud, sea que sus ojos, privados mucho tiempo de la vista de hombres reunidos, sintiesen un goce maquinal en volver á presenciar aquel movimiento y aquella vida; sea que buscase en la fisonomía de aquel pueblo alguna señal de interés ó de enternecimiento. Su rostro, alterado por tantos meses de sufrimiento y de reclusion, hería al pueblo sin conmoverlo. La sombra del Temple había impreso en su semblante, aquella palidez que parece el reflejo de los calabozos. Su barba, que se había visto obligado á dejar crecer desde que se le quitaron todos los instrumentos cortantes de su tocador, erizaba la parte inferior de su rostro; sus mejillas y sus labios, cubiertos de pelos rubios, ásperos y retorcidos, quitaban

á su boca toda espresion y hasta toda melancolía. Su vista baja vagaba indecisa é incierta sobre la multitud, como una mirada que busca en vano una frente amiga para fijarse. Su precoz corpulencia, adelgazada por el fuego de sus inquietudes y de sus vigiliás, se habia disminuido. Sus vestidos, demasiado anchos, parecian prendas prestadas, colocadas por la caridad pública sobre el cuerpo de un miserable. Todo su aspecto parecia calculado por el odio ó combinado por la casualidad, para presentar á las miradas del pue'b'o algo de tosco y de repugnante mas bien que de triste y tierno. Era el espectro del trono conducido al suplicio, vestido de modo que hiciese olvidar su sello y su recuerdo en la multitud.

V.

Signió la comitiva por el Boulevard, la calle de las Capuchinas y la plaza de Vendôme, para llegar á la Convencion. Un profundo silencio reinaba entre la multitud pareciendo que cada uno recogia su emocion y su respiracion en el pecho; se conocia que pasaba sobre la Francia una grande hora del destino. El rey parecia mas impasible que el pueblo; miraba y reconocia los barrios, las calles y los monumentos, y se los decia en alta voz al alcalde. Al pasar por delante las puertas de San Dionisio y San Martin, preguntó cuál de los dos arcos de triunfo debia ser derribado por orden de la Convencion.

Al llegar al patio de los Fuldenses, Santerre se apeó, y de pie en la puertecilla puso la mano en el antebrazo del prisionero, y le condujo á la barra de la Convencion. «Ciudadanos de las tribunas, dijo el presidente; Luis está en la barra; vais á dar una grande leccion á los reyes; un grande y útil ejemplo á las naciones.

Acordaos del silencio que acompañó á Luis cuando se le trajo de Yarennés: silencio precursor del juicio de los reyes por los pueblos.»

El rey se sentó frente á la presidencia, en el mismo recinto donde habia jurado la Constitucion; se leyó el acta de acusacion, que era la dilatada enumeracion de todas las faltas de que las facciones de la revolucion habian sucesivamente inculpado á la corona, comprendiendo en ellas sus propios actos desde los dias 5 y 6 de octubre en Versalles, hasta el dia 10 de agosto. Todas las tentativas de resistencia del rey al movimiento que precipitaba la monarquía, se llamaban conspiraciones, y traiciones todas sus debilidades. Era mas bien el acta de acusacion de su carácter y de las circunstancias, que la de sus crímenes; nada habia culpable mas que su naturaleza; pero el tiempo, demasiado pesado para todos, lo hacia recaer todo sobre él, que pagaba por el trono, por la aristocracia, por el sacerdocio, por la emigracion, por La Fayette, por los girondinos y aun por los mismos jacobinos. Era el hombre emisario de los tiempos antiguos, destinado á sufrir por las iniquidades de todos.

A medida que se desarrollaba ante sus ojos aquel cuadro de las faltas de su reinado, y se removía la sangre del Campo de Marte, del 20 de junio y del 10 de agosto, para que la responsabilidad cayese sobre él solo, algunos de los conspiradores de aquellos dias, diseminados entre sus jueces, como Petion, Barbaroux, Louvet, Carra, Marat, Danton y Legendre, no podían menos de ruborizarse y bajar los ojos. Su conciencia les decia interiormente que era vergonzoso declarar autor de aquellos atentados al mismo que habia sido su victima, y sin embargo, se jactaban en alta voz algunos dias antes de haber urdido aquellas conspiraciones contra el trono; pero el sentimiento del derecho es tan fuerte entre los hombres, que aun cuando le violan, le aparentan con hipocresía, y los conspiradores mas acérrimos, no conten-

los con obtener la victoria, quieren tener de su parte la legalidad.

VI.

Escuchó el rey aquella lectura, en la actitud de una impasible atención. Solo en dos ó tres puntos en que la acusacion traspasaba los límites de la injusticia y de la verosimilitud, y en que se echaba en cara la efusion de sangre del pueblo, tan religiosamente evitada por él durante todo su reinado, no pudo menos de manifestar, con una amarga sonrisa y un movimiento involuntario de hombros, la contenida indignacion que le agitaba. Se conocia que todo lo esperaba, escepto la acusacion de haber sido un príncipe sanguinario. Levantó los ojos al cielo y tomó á Dios por testigo contra los hombres.

VII.

Presidiendo en este dia la Convencion Barrere, reasumió cada uno de los textos razonados de la acusacion, procedió al interrogatorio del rey. Valazé, uno de los secretarios de la Asamblea, se aproximó á la barra, y fué presentado á la vista del acusado todos los documentos que tenian relacion con el asunto. El presidente preguntaba al rey si los reconocia, y así se le presentaron todos los papeles concernientes á la traicion de Mirabeau y de La Fayette, hallados en el armario de hierro, donde los habia colocado él mismo: su carta confidencial á los obispos para desdecirse de la aceptación de la constitucion civil del clero; otras cartas acusadoras firmadas por él ó escritas todas de su propio puño; y en fin, notas secretas

de Mr. de Laporte, intendente de su tesoro particular, que probaban el empleo de sumas considerables para corromper á los jacobinos, las tribunas de la Asamblea y los arrabales.

Tenia Luis XVI dos modos igualmente nobles de defenderse: el primero, era negarse á toda respuesta, y cubrirse con la inviolabilidad del rey ó con la resignacion del vencido: el segundo, confesar de plano los esfuerzos que habia hecho y debido hacer para moderar á los grandes gefes del partido de la revolucion y afiliarlos al lado del trono amenazado, que su sangre, su rango y su juramento á la Constitucion le obligan defender, puesto que el trono por sí mismo hacia parte de aquella Constitucion. Lo podia tanto mas el rey, cuanto que ninguno de los documentos hallados en el armario de hierro, probaba directamente un arreglo con las potencias estrangeras contra la Francia; pero no halló en su presencia de ánimo ni uno ni otro de estos dos sistemas de respuesta, que si no hubiesen salvado su vida, hubiesen al menos preservado su dignidad. En lugar de responder como rey por el silencio, ó como hombre de Estado por la confesion atrevida y razonada de sus actos, respondió como un acusado que disputa la confesion de los hechos. Negó las notas, las cartas, los actos; y hasta negó el armario de hierro, que sellado por él mismo, se habia abierto para revelar sus secretos. La angustia de su alma no le dejó el tiempo de deliberar sobre lo que de él exigia su magestad; quizá la primera negativa le condujo á negarlo todo, para no ser convencido de disimulo, ó mas bien para no comprometer á sus adictos con sus confesiones. Quiso sin duda tambien reservar á sus defensores la entera libertad de sus palabras, y en fin, pensó en su esposa, en su hermana y en sus hijos, quizá mas de lo que en tal momento convenia, y de este modo empañó el brillo á su defensa. Desde aquel dia, ya no fué un rey que luchaba con el pueblo, sino un acusado que disputaba con sus jueces,

y que dejaba interviniesen los abogados entre la magestad del trono y la del cadalso.

VIII.

Después del interrogatorio, Santerre volvió á coger al rey por el brazo y le condujo al salón de descanso de la Convención, acompañándole Chambon y Chaumette. Lo largo de la sesión y la agitación de espíritu habían agotado las fuerzas del acusado; se caía de inanición, y Chaumette le preguntó si quería tomar algún alimento, pero el rey lo rehusó. Un momento después, vencido por la naturaleza y viendo á un granadero de la escolta ofrecer al procurador de la municipalidad medio pan, Luis XVI, se aproximó á Chaumette, y le pidió en voz baja un pedazo de aquel pan. «Pedid en voz alta lo que queráis, le dijo Chaumette, como si temiese hacerse sospechoso hasta por su piedad.—Os pido un poco de vuestro pan, repitió el rey levantando la voz.—Tomad, partidlo, le dice Chaumette; es un desayuno propio de un espartano; si tuviese algunas raíces os daría la mitad.»

Avisaron que estaba allí el carruaje; el rey entró en él aun con su pedazo de pan en la mano, del que solo comió la corteza. Incomodándole la miga y creyendo que si lo tiraba por la ventanilla, podría tomarse esa acción por una señal, ó que había ocultado algún billete en aquel pan, se lo dió á Colombeau, sustituto de la municipalidad, que iba sentado al vidrio en el carruaje, y Colombeau tiró el pan á la calle. «¡Ah! dijo el rey, es mal hecho tirar así el pan en un tiempo en que está tan escaso.—Y ¿cómo sabéis que está escaso?» le preguntó Chaumette.—Porque el que yo como huele á polvo.—Mi abuela, repitió Chaumette con jovial familiaridad,

me decía cuando era niño: «no tires nunca una miga de pan, porque no seréis capaz de hacer producir otro tanto.—Monsieur Chaumette, dijo el rey sonriendo, vuestra abuela tenía un buen sentido, el pan viene de Dios.» La conversacion continuó así serena y casi alegre durante la vuelta.

El rey contaba y nombraba todas las calles. «¡Ah! esta es la calle de Orleans, exclamó al atravesarla.—Decid la calle de la Igualdad, replicó bruscamente Chaumette.—Sí, sí, dijo el rey... porque...» No concluyó y quedó por un momento triste y silencioso.

Al poco rato Chaumette, que no había tomado nada desde por la mañana se sintió mal en el carruaje. El rey prestó algún auxilio á su acusador. «Sin duda, le dijo, os incomoda el movimiento del coche ¿habéis experimentado alguna vez el balance de un barco?—Sí, respondió Chaumette, hice la guerra á las órdenes del almirante Lamotte-Piquet.—¡Ah! dijo el rey era un bravo hombre Lamotte-Piquet. Mientras continuaba así la conversacion en el interior del coche, los mozos del mercado de granos y los carboneros formados en batallones, cantaban en torno de él, las estrofas mas terribles de la Marsellesa.

Tirans ¡q'una sang impur abreuve nos sillons!

Desaforadas voces de ¡Viva la revolucion! salian de entre la multitud al acercarse el acompañamiento, prolongándose por toda la linea hasta la Bastilla, formando solo un grito desde las Tullerías al Temple. El rey aparentaba no oír aquellos augurios de muerte; al entrar en el patio de la fortaleza, levantó los ojos y miró tristemente por largo tiempo los muros de la torre y las ventanas de la habitacion de la reina, como si su mirada interceptada por las tablas y las rejas, hubiese podido comunicar sus pensamientos á aquellos á quienes amaba. El alcalde le condujo de nuevo á su cuarto, y le leyó el último decreto

de la Convencion que mandaba su separacion y el aislamiento absoluto de su familia; el rey, suplicó al alcalde hiciese revocar una orden tan cruel, y obtuvo que al menos informasen á la reina de su vuelta, concediendo Chambon todo lo que de él dependia. El ayuda de cámara de Clery, que dejaba al rey, tuvo una última comunicacion con las princesas, y las esplicó los permenores que su amo le habia confiado sobre su interrogatorio. Clery aseguró á la reina de la intervencion de los gabinetes estrangeros para salvar al rey; dejó entrever que la pena se limitaria á la deportacion á España, por ser pais que no habia declarado la guerra á la Francia. ¿Han hablado de la reina? preguntó con ansiedad madama Isabel. Clery contestó que no se la habia nombrado en el acta de acusacion. ¡Ah! respondió la princesa como aliviada del peso de una grande inquietud; quizá miran al rey como una victima necesaria á su seguridad; pero ¡la reina! pero ¡estos pobres niños! ¿de qué obstáculo pueden servir estas vidas á su ambicion!... En esta entrevista contra las ordenes de la municipalidad, Clery convino con las princesas en las relaciones furtivas que la generosa complicidad de un guarda, llamado Turgy, proporcionaria á los prisioneros. Vestidos, muebles y la ropa blanca, pedidos ó enviados de un piso á otro, fueron las cifras secretas de aquella correspondencia, por medio de las cuales el rey conocia el estado del alma y del cuerpo de las princesas y de los niños; y ellas por su parte sabian los principales actos del proceso del rey. El príncipe despues de tomadas estas precauciones, que consolaron un poco su corazon, cenó y se acostó; pero sin cesar un instante de volver la vista hácia el sitio de donde habian quitado la cama de su hijo, y pidiendo á los comisarios que se le trajesen.

IX.

Entretanto, Petion y Treilhard apenas el rey habia salido de la Convencion consiguieron que se le permitiese, como á todo acusado, escoger dos defensores. En vano Marat, Duhem, Billaut-Varennes y Charles protestaron con sus clamores contra el derecho de la defensa, pidiendo atrevidamente una escepcion á la humanidad contra el tirano rebelde á la nacion. En vano exclamó Thuriot: «Es necesario que el tirano suba al cadalso.» La Convencion se habia sublevado casi unánimemente contra aquella impaciencia de verdugo, y habia conservado la dignidad de juez. Cuatro de sus miembros, Cambaeres, Thuriot, Dupont de Bigorre y Dubois de Crancé, fueron encargados de llevar al Temple el decreto que permitia al rey escoger un consejo de defensa. La ley autorizaba al acusado á formarle de dos defensores.

Eligió el rey los dos abogados más célebres de Paris, Mrs. Tronchet y Target. El mismo dió á los comisarios la direccion de la casa de campo que habitaba Tronchet y dijo ignoraba la residencia de Target. Pronunciados estos nombres en la sesion de la Convencion el mismo dia, el ministro de la Justicia, Garat, fué encargado de notificar á los dos defensores, la elección que el rey habia hecho de ellos para aquel último ministerio de la adhesion y de la salvacion.

Tronchet, abogado acostumbrado á las luchas políticas por las tormentas de la Asamblea constituyente, de que habia sido un miembro activo, aceptó sin duda la mision gloriosa que le encomendaba el corazon de un proscripto.

Target, dotado de voz sonora pero de alma pusilánime, temió el peligro de aparecer cómplice hasta del último pensamiento de un moribundo. Escribió á la Con-

vencion una carta inspirada por la crueldad y cobardía, en la que separaba de sí, con un miedo visible, un cargo que sus principios, decía, no le permitían aceptar. Esta debilidad, lejos de popularizar á Target, le atrajo casi el desprecio de todos los partidos.

Diversos nombres se ofrecieron para reemplazar á Target: el rey escogió á Deséze, abogado de Burdeos establecido en París. Este jóven debió á aquella eleccion, de que era digno, porque se gloriaba de ella, la celebridad de una larga vida, la primera magistratura de la justicia bajo otro reinado y la ilustracion de su nombre perpetuada en su familia.

Pero estos dos hombres no eran mas que los abogados del rey, y este tenia necesidad de un amigo. Para consuelo de sus últimos dias y gloria del corazon humano, halló este amigo.

X.

En una soledad cerca de París, habia entonces un anciano llamado Lamoignon, nombre ilustre y consular en las altas magistraturas de la antigua monarquía. Los Lamoignon eran de aquellas antiguas familias parlamentarias que se elevaban de siglo en siglo hasta los primeros destinos del reino, por continuados servicios prestados á la nacion, y no por los favores de córte ó por los caprichos de los reyes. Así es que estas familias conservaban en sus opiniones y en sus costumbres, algo de popular, que las hacían secretamente queridas á la nacion, y parecerse mas bien á las grandes familias patricias de las repúblicas, que á las familias militares ó salidas de la nada en las monarquías. El débil resto de la libertad que las costumbres dejaban subsistir en la antigua monarquía, reposaba enteramente sobre aquella familia. Solos estos

magistrados recordaban de tiempo en tiempo á los reyes por medio de respetuosas representaciones, que aun habia una oposicion pública, la oposicion hereditaria del país.

Este anciano, de edad de setenta y cuatro años, llamado Malesherbes, habia sido dos veces ministro de Luis XVI. Sus ministerios, de corta duracion, fueron pagados con la ingratitud y el destierro, no por el rey sino por el odio del clero, de la aristocracia y de las córtes. Liberal y filósofo, Malesherbes era uno de esos precursorres que se adelantan en un régimen de arbitrariedad y de abusos á la aplicacion de las reglas de justicia y de razon, que las ideas llaman, pero que las cosas se resisten. Si hombres semejantes se hallasen siempre á la cabeza de los gobiernos, apenas habria necesidad de leyes; ellos mismos son leyes, porque son la luz, la justicia y la virtud de su tiempo.

Malesherbes, discípulo de J. J. Rouseau y amigo de Turgot, el primero que habia introducido la filosofía en la administracion, se habia hecho amar de los filósofos del siglo XVIII, favoreciendo como director general de imprentas, la introduccion en Francia de la *Enciclopedia*, este arsenal de nuevas ideas. Bajo una legislacion de tinieblas legales y de censura, Malesherbes habia descubierto atrevidamente los abusos reinantes, declarándose el cómplice de la luz. La Iglesia y la aristocracia no le perdonaron; y era uno de aquellos hombres á quienes mas se acusaba de haber atacado la religion y el poder, creyendo haber combatido la supersticion y la tiranía. El fondo de su corazon era republicano en efecto pero sus costumbres y sus sentimientos aun eran monárquicos. Ejemplo vivo de aquella contradiccion interior que existe en estos hombres nacidos, por decirlo así, en las fronteras de las revoluciones, cuyas ideas son de un tiempo y sus costumbres pertenecen á otro. El republicanismo de Malesherbes era á la República del mo-

mento, lo que la idea filosófica del sabio es á los movimientos tumultuosos de un pueblo. Su teoría tenía y se indignaba ante la práctica. No negaba las doctrinas de su vida; pero se cubría el rostro para no contemplar sus escesos, y las desgracias del rey le arrancaban lágrimas amargas: este príncipe había sido la esperanza y algunas veces la ilusión de Malesherbes. Testigo y confidente de sus votos por la dicha del pueblo y por la reforma de la monarquía, Malesherbes había creído ver en el joven rey, uno de estos soberanos reformadores que abdicar por sí mismos el despotismo; que presentan su fuerza á las revoluciones para cumplirlas y moderarlas, y que legitiman el trono por los beneficios que proceden del alma de un rey benéfico. Malesherbes, ministro corto tiempo, había dejado de serlo sin perder su adhesión al rey: conocía que la influencia de la corte, le había arrancado su discípulo; pero había dejado un amigo secreto en su señor. Del fondo de su destierro le había seguido con los ojos, desde los Estados generales hasta el calabozo del Temple. Una correspondencia secreta, pero á largos intervalos, había llevado á Luis XVI los recuerdos, los votos y las conmiseraciones de su antiguo servidor. Al saber la noticia del proceso del rey, Malesherbes abandonó su retiro campestre y escribió á la Convención. El presidente Barrère leyó su carta á la Asamblea.

«Ciudadano presidente, decía Malesherbes; no sé si la Convención dará á Luis XVI un consejo para defenderle, y si le dejará á su elección. En este caso deseo que Luis XVI sepa, que si me elige para este cargo, estoy pronto. No os pido deis parte á la Convención de mi deseo, porque estoy muy lejos de creerme un personaje tan importante para que se ocupe de mí; pero he sido llamado dos veces al consejo de aquel que fué mi señor, en tiempos en que este puesto era ambicionado por todo el mundo. Le debo el mismo servicio

cuando se presenta un cargo que muchos creen peligroso: si supiese un medio de hacerle conocer mis disposiciones, no me hubiera tomado la libertad de dirigirme á vos. He pensado, que en el lugar que ocupais, tendríais mas medios que otro alguno para comunicale este aviso.»

Toda la Convención al oír el nombre de Malesherbes sintió la conmoción eléctrica que imprime á las reuniones el nombre de un ciudadano virtuoso, y la emoción que experimenta la muchedumbre al ver un acto de valor y de virtud. Hasta el odio reconoció los santos derechos de la amistad en la súplica de Mr. de Malesherbes, y se accedió á ella. Algunos miembros protestaron contra el sistema de lentitud, que las formalidades del proceso iban á perpetuar entre el culpable y el cadalso. «Se quiere con estas dilaciones prolongar el negocio durante un mes» dijo Thuriot. Los reyes, esclama Legendre, no dilatan sus venganzas contra los pueblos, y ¡vosotros dilatareis la justicia de un pueblo contra el rey! Preciso es derribar el busto de Bruto, continuó Billaud-Varennes, mostrando con el gesto la estatua de aquel romano, por que no titubeó como nosotros en vengar á un pueblo de un tirano!»

XI.

Introducido aquel mismo día en la torre donde gemía su señor, Malesherbes se vió precisado á aguardar en el último postigo; los comisarios de la municipalidad encargados de impedir la introducción furtiva de toda arma que pudiese sustraer al rey por el suicidio al cadalso, le detuvieron largo rato en aquella pieza. El nombre y aspecto del anciano inspiraron algún respeto á los guardianes, y él mismo se registró delante de ellos, no

Llevando mas sobre sí que algunos documentos diplomáticos, y el diario de las sesiones de la Convencion. Dorat-Cubiéres, miembro de la municipalidad, hombre mas vano que cruel, jactancioso de libertad, escritor de tocador, fuera de su lugar en las tragedias de la revolucion estaba de servicio en la antesala del rey. Dorat Cubieres conocia á Mr. de Malesherbes, y respetaba en él un filósofo que Voltaire, su maestro, habia señalado con frecuencia al reconocimiento de los sábios. Hizo acercar al anciano á la chimenea y le habló familiarmente. «Malesherbes, le dijo, sois el amigo de Luis XVI, ¿cómo podeis traerle diarios en donde verá toda la indignacion que el pueblo manifiesta contra él?—El rey, respondió Malesherbes, no es un hombre como cualquiera: tiene un alma fuerte, y una fé que le hace superior á todo.—Vos sois un hombre honrado, le contesta Cubieres, pero si no lo fuéseis podriais prestarle una arma, veneno, y aconsejarle una muerte voluntaria.» La fisonomia de Mr. de Malesherbes manifestó, al oír estas palabras, una reticencia que parecia indicar en él el pensamiento de una de estas muertes antiguas, que arrebatan el hombre á la fortuna, y que le hacian, en el colmo de su desgracia, su propio juez y su libertador; despues como volviendo sobre sí de su pensamiento dijo: «Si el rey profesase la religion de los filósofos; si fuese un Canton ó un Bruto, podria, suicidarse; pero es piadoso y cristiano; sabe que su religion le prohibe atentar contra su vida, no se dará la muerte.» Estos dos hombres se lanzaron algunas miradas de inteligencia, y callaron como si reflexionasen interiormente cuál de las dos doctrinas era la mas enérgica y mas santa: si aquella que permite libertarse de la suerte, ó la que manda sufrir su destino aceptándola.

Se abrió al fin la puerta del aposento del rey, y Malesherbes, con un paso indeciso se adelantó hácia su señor. Luis XVI estaba sentado junto á una mesita, teniendo en la mano y leyendo con atención un tomo de *Tácito*, ese

evangelio romano de las grandes muertes. El rey al ver á su antiguo ministro, dejó el libro, se levantó y dirigió con los brazos abiertos y los ojos llenos de lágrimas hácia el anciano. ¡Ah! le dijo abrazándole, ¿dónde me encontráis? ¿y dónde me ha conducido mi pasión por el bienestar de este pueblo, que tanto hemos amado los dos! ¿Dónde venis á verme! Ese cariño espone vuestra vida y no salvará la mia!

Cubriéndose las manos de lágrimas, Malesherbes manifestó al rey el placer que sentia en consagrarle lo que le quedaba de vida, y en mostrarle en su prision un amor siempre sospechoso en el palacio. Trató de volver al prisionero la esperanza en la justicia de sus jueces, y en la piedad de un pueblo cansado de perseguirle. «No, respondió el rey, estoy seguro de que me quitarán la vida, porque tienen el poder y la voluntad de hacerlo: pero no importa, ocupémonos de mi proceso, como si su fallo debiese serme favorable, y en efecto será, pues dejaré una memoria sin mancha.»

Entraba todos los días en el Temple con Malesherbes, Tronchet y Deséze, quienes preparaban los elementos de la defensa. El rey recorria con ellos los testos de acusacion, y las diferentes circunstancias de su reinado que en su pensamiento la refutaban, y pasaba muchas horas haciendo á sus defensores la relacion de su vida pública. Tronchet y Deséze venian á las cinco y salian á las nueve, Malesherbes venia siempre antes, y era introducido todas las mañanas en el cuarto del rey. Llevaba al príncipe los papeles públicos, y los leia con él y preparaba el trabajo de la noche.

El alma del rey se enternecia y dilataba con libertad; en estas conversaciones particulares, el cariño de Malesherbes cambiaba algunas veces aquellos desahogos en esperanzas, y siempre en consuelos. La aspereza de los comisionados de la municipalidad, suspendia con frecuencia aquellas conversaciones, exigiendo que la puerta del

rey estuviese abierta para poder oirlas. El rey y el anciano se retiraban entonces al interior de la torre, y cerrando la puerta evitaban la odiosa inquisición de aquellos hombres, que buscaban crímenes entre el odio de la víctima y la boca del consolador.

Por la noche, después que se retiraban Mrs. de Malesherbes, Tronchet y Deséze, el rey leía los discursos, pronunciando en pro ó en contra de él en la Convención. Podía creerse por la imparcialidad de sus observaciones, que leía la historia de un reinado lejano. «¿Cómo podeis leer con sangre fría esas invectivas? le preguntó un día Clery.— Aprendo hasta dónde puede llegar la maldad de los hombres, respondió el rey; porque no creía que los pudiese haber tan malos:» sin decir más se durmió.

Un ovillo de hilo, en el que había envuelto un papel, donde con picaduras de aguja se trazaban letras, servía á las princesas para estar en correspondencia con el cautivo. Turgy, que servía á la mesa en el cuarto del rey y en el de la reina, ocultaba el ovillo en un armario del comedor. Allí hallaba Clery y volvía á colocarlo en su lugar, el ovillo que contenía la respuesta del rey. De este modo, las mismas esperanzas y los mismos temores deslizándose á través de los muros, palpitaban á la vez en los dos pisos y confundían en un mismo pensamiento las almas de los prisioneros.

Después la reina dejaba caer un bramante, á cuyo extremo había un billete, sobre el cobertizo en forma de embudo que guarnecía la ventana del rey, colocada directamente debajo de la suya, y volvía á recogerle cargado con las confidencias y ternuras para su muger y su hermana.

Desde que estaba aislado, el rey no había querido bajar al jardín á tomar el aire. «No puedo resolverme á salir solo, decía; me agradaba el paseo cuando disfrutaba de él con mi muger y mis hijos.» El 19 de diciembre,

dijo á la hora de almorzar, á Clery, delante de los cuatro municipales de guardia. «Hace catorce años madrugásteis más que hoy.» Una triste sonrisa reveló á Clery el sentido de aquellas palabras. El criado enternecido calló por economizar la sensibilidad de un padre. «Es el día, continuó el rey, en que nació mi hija; ¡hoy día de su cumpleaños, estoy privado de verla! y mojé el pan con sus lágrimas. Los municipales mudos y enternecidos, parecía respetaban aquel recuerdo de días felices, que atravesaba la prisión como para hacerla más sombría.

XII.

El día siguiente, Luis se encerró solo en su gabinete y escribió mucho tiempo. Fué su testamento, último adiós á la esperanza: desde entonces solo esperó en la inmortalidad. Legaba en paz todo lo que podía en favor de su alma; su ternura á su familia; su reconocimiento á sus criados, y su perdón á sus enemigos. Después apareció más tranquilo; había firmado como cristiano la última página de su destino.

«Yo, decía en términos testuales, pero más estenosos, esta confesión póstuma en que el hombre parece hablar de otra vida: yo, Luis XVI de este nombre, rey de Francia, encerrado desde hace cuatro meses con mi familia en la torre del Temple en París, por aquellos que eran mis súbditos, y privado de toda comunicación desde hace once días aun con mi familia; implicado además en un proceso, cuyo resultado es imposible preveer á causa de las pasiones de los hombres: teniendo solo á Dios por testigo de mis pensamientos y á quien poder dirigirme, declaró aquí en su presencia, mi última voluntad y mis sentimientos. Dejo mi alma á Dios mi criador, y le ruego la reciba en su misericordia; muero en

«la fé de la Iglesia y en la obediencia de espíritu á sus
«decisiones; suplico á Dios perdone todos mis pecados:
«he tratado de reconocerlos escrupulosamente, de detes-
«tarlos y humillarme delante de él. Ruego á todos aque-
«llos á quienes haya podido haber ofendido involuntaria-
«mente, (porque no recuerdo haber hecho á sabiendas
«ofensa alguna á nadie), me perdonen el mal que crean
«pueda haberles ocasionado.—Ruego á todos aquellos
«que tienen caridad, unan sus súplicas á las mías —
«Perdono de todo corazón, á los que se hayan declarado
«mis enemigos sin haberles dado ningun motivo, y pido
«á Dios les perdone lo mismo que á aquellos, que por un
«ceño falso ó mal entendido, me causaron mucho mal....
«Recomiendo á Dios mi esposa y mis hijos, mi hermana,
«mis tias, mis hermanos, y todos aquellos que me están
«unidos por los lazos de la sangre ó de cualquiera otro
«modo. Suplico á Dios particularmente dirija sus ojos mi-
«sericordiosos á mi esposa, mis hijos y hermana, que des-
«de hace tanto tiempo sufren conmigo; que los sostenga
«con su gracia si me pierden, en tanto que permanezcan
«en este mundo perecedero.

«Recomiendo mis hijos á mi esposa, porque jamás he
«dudado de su ternura por ellos: y sobre todo que no les
«haga mirar las grandezas de este mundo si están desti-
«nados á probarlas, sino como bienes peligrosos y pasa-
«geros, y que vuelvan sus ojos hacia la única gloria só-
«lida y durable de la eternidad. Ruego á mi hermana
«continúe dispensando su ternura á mis hijos, y ocupando
«el lugar de madre, si tuviesen la desgracia de perder la
«verdadera.—Suplico á mi esposa me perdone todos los
«males que sufre por mí, y los disgustos que pude ha-
«berla dado durante nuestra union; como puede estar se-
«gura que no llevo ningun resentimiento contra ella, si
«creyese tener alguna cosa que echarse en cara.

«Recomiendo mucho á mis hijos, despues de lo que
«deben á Dios, que es antes que todo, permanezcan siem-

«pre unidos entre sí, sumisos y obedientes á su madre,
«reconocidos á todos los cuidados que les ha prodigado
«en memoria mia; les ruego miren á mi hermana como
«una segunda madre.

«Recomiendo á mi hijo, si tuviese la desgracia de
«llegar á ser rey, piense que se debe todo á la felicidad
«de sus conciudadanos; olvide todo odio y resentimiento,
«y particularmente lo que tiene relacion con las desgra-
«cias y disgustos que yo esperimento. Que recuerde que
«no puede hacer la dicha del pueblo sino reinando segun
«las leyes; pero al mismo tiempo que un rey no puede
«hacerlas respetar y el bien que desea su corazón, sino
«mientras tiene la autoridad necesaria; y que de otro
«modo, siendo contrariado en sus actos y no inspirando
«respeto, es mas dañoso que útil.... que piense he con-
«traído una deuda sagrada con los hijos de aquellos que
«han perecido por mí y con los que son desgraciados por
«mi causa... le recomiendo á Mrs. Hue y Chamilly,
«cuyo cariño hizo se encerrasen conmigo en esta triste
«mansión; le recomiendo tambien á Clery, que me ha
«cuidado cuanto ha podido desde que está conmigo, y
«como me acompañó hasta el fin, suplico á la municipa-
«lidad le entregue mis vestidos, mis libros, mi reloj, mi
«bolsillo y los otros muebles que me quitaron y fueron
«depositados en su consejo.... perdono á mis guardianes
«los malos tratamientos y las incomodidades que han
«creído deber proporcionarme.... he hallado entre ellos
«algunas almas sensibles y tiernas.... gocen en su cora-
«zón de la tranquilidad que debe proporcionarles su pro-
«ceder. Suplico á Mrs. de Malesherbes, Tronchet y De-
«séze, reciban aqui todo mi agradecimiento y la expresion
«de mi sensibilidad, por todas las atenciones y todos los
«trabajos que se han tomado por mí.

«Concluyo declarando en presencia de Dios, y pron-
«to á parecer ante él, que no creo haber cometido ningun
«uno de los crímenes que me han atribuido....

«Hecho por duplicado en la torre del Temple, el....
de enero de 1793.—Luis.»

XIII.

De este modo, aquella alma, abriéndose en su último exámen al día escrutador de la inmortalidad, nada leía en sus más secretos pensamientos sino intencion recta y perdon. El hombre y el cristiano se hallan sin mancha; todo el crimen, ó mas bien toda la desgracia estaba en su situacion. Este papel sellado por la ternura, bañado con sus lágrimas y bien pronto con su sangre, era el irrecusable testimonio que su conciencia misma llevaba ante Dios. ¿Qué pueblo no hubiese adorado á este hombre, sino hubiese sido un rey? pero ¿qué pueblo á sangre fría no hubiese absuelto á un rey que perdonaba y amaba tanto? Este testamento, el acto mas grande de la vida de Luis XVI, porque fué el de su alma sola, juzgaba mas infaliblemente su vida y su reinado, que el fallo inflexible pronunciado bien pronto por hombres irritados. Descubriéndose así él mismo al porvenir, Luis acusaba involuntariamente la dureza de los tiempos que iban á condenarle al suplicio. Creía haber perdonado, y por la misma sublimidad de su dulzura, se habia vengado para siempre.

XIV.

Aquel mismo dia vivieron sus defensores á presentarle el plan completo de su defensa. Malesherbes y el mismo rey habian suministrado los documentos de hecho, y Tronchet los argumentos de derecho: Deséze habia redactado la defensa, y la leyó. La peroracion se dirigia al al-

ma del pueblo, y se esforzaba por conmovér á los jueces con el cuadro patético de las vicisitudes de la familia real. Esté apostrofe á la nacion, hizo llorar á Malesherbes y Tronchet; y el mismo rey estaba conmovido con la piedad que su defensor queria inspirar á sus enemigos; sin embargo, su altivez se avergonzó al implorar de ellos otra justicia que la de su conciencia. «Es necesario quitar esta introducción, dijo Luis á Deséze, no quiero enternecer á mis acusadores.» Deséze resistió; pero la dignidad de su muerte pertenece al moribundo, y el defensor cedió, y cuando se retiró con Tronchet, y el rey se quedó solo con Malesherbes, y parecia poseido de un pensamiento secreto. «Tengo un gran pesar añadido á tantos otros, dijo á su amigo, Deséze y Tronchet nada me deben, me dan su tiempo, su trabajo, y quizá su vida; ¿cómo pagar este servicio? Nada tengo, y aunque les hiciese un legado, no se lo pagarian; además, no son los bienes de fortuna los que pagan deudas de esta clase.—Señor, dijo Malesherbes, su conciencia y la posteridad se encargarán de su recompensa, pero podeis desde ahora concederles una, que apreciarán mas que vuestros mayores favores cuando erais feliz y poderoso.—¿Cuál? preguntó el rey.—Señor, abrazadlos.» Al día siguiente, cuando Deséze y Tronchet entraron en el cuarto del prisionero para acompañarle á la Convencion, éste, silencioso se acercó á ellos, abrió sus brazos y los tuvo estrechados largo rato; el acusado y los defensores no se hablaron porque los sollozos se lo impedían, pero el rey se sintió aliviado; daba todo cuanto tenia, que era un abrazo contra su corazón. Deséze y Tronchet se creyeron pagados, habian recibido cuanto ambicionaban: el salario de lágrimas de un desgraciado, abandonado de todos sus súbditos, y el reconocimiento de un moribundo.

Santerre, Chambon y Chaumette, vinieron algunos instantes despues á buscar al rey y á conducirlo por segunda vez á la Convencion con el mismo aparato de fuerzas. La Convencion le hizo esperar cerca de una hora como á un cliente ordinario, en la antesala de sus deliberaciones. El exterior del rey era mas decente, su traje menos raído que en su primer interrogatorio; y su rostro manifestaba menos que vivía en un calabozo. Sus amigos le habian aconsejado no se afeitase, á fin de que la crueldad de sus carceleros escrita en su rostro, escitase á la vista la indignacion y el interés del pueblo. El rey rechazó con desden este medio teatral de conmover en su favor cifrando su derecho á la compasion en su alma y no en sus vestidos. Los comisarios, á instancias suyas, consintieron en dar unas tijeras á Clery para que cortase la barba á su amo. Su fisonomía estaba tranquila y sus ojos serenos. Mas á propósito para resignarse que para combatir con la suerte; la proximidad de la última desgracia engrandecía á Luis XVI.

Se paseó con una actitud de indiferencia entre sus dos defensores, en medio de los grupos de diputados curiosos que salían de la sala para mirarle. Hablaba sin calor y sin turbacion con Malesherbes, y habiéndose éste servidose al responderle del título de magestad, mas respetuoso á medida que la fortuna era mas insolente, lo comprendió Treilhar, y colocándose entre el rey y Malesherbes, dijo al antiguo ministro.—«¿Quién os da la peligrosa audacia de pronunciar aquí títulos proscriptos por la nacion?—El desprecio de la vida.» respondió desdeñosamente Malesherbes, y continuó la conversacion.

Luego que hubo hecho entrar al rey acompañado de sus defensores, la Convencion escuchó con religioso silencio el discurso de Deséze. Se veía en la actitud de la Montaña que no habia mas agitacion, porque ya no habia duda, teniendo los jueces la paciencia de la certidumbre, y daban una hora á aquel rey, á quien en su pensamiento ya habian quitado una vida. Deséze habló con dignidad, pero sin elocuencia; conservó la sangre fría de la razon ante el ardor de una pasion pública: su defensa al nivel de sus deberes de defensor, solo en algunas frases se elevó al de las circunstancias, discutió cuando era necesario herir, olvidando que hay otra conviccion para un pueblo mas que sus emociones; que la temeridad de las palabras, es en ciertos casos la soberana prudencia, y que no hay en los momentos supremos mas que una elocuencia desesperada que pueda salvar, al mismo tiempo que se arriesga á perderlo todo.

Fué una de las fatalidades inherentes á la vida de Luis XVI, no haber encontrado para disputar y para reconvenir por su vida al pueblo, una de esas voces que elevan la piedad á la altura del infortunio y hacen resonar de siglo en siglo las caidas de los tronos, las catástrofes de los imperios y el golpe del hacha que corta las cabezas de los reyes, con palabras tan altas, tan grandes y solemnes como los mismos acontecimientos. Si un Bossuet, un Mirabeau, un Vergniaud, se hubiesen ballado en el lugar de Deséze, Luis XVI no hubiera sido defendido con mas celo, mas prudencia y lógica; pero su palabra enteramente política y no judicial, hubiese resonado como una venganza sobre la cabeza de los jueces, y como un remordimiento sobre el corazon del pueblo; y si ante el tribunal no hubiese sido fallada favorablemente

la causa, hubiera sido ilustrada para siempre ante la posteridad. En las causas que no son de un día, es una falta hablar al tiempo; es necesario hablar al porvenir, porque él es el verdadero juez, y esto lo olvidaron demasiado Luis XVI y sus defensores. A pesar de todo, quedó de aquella defensa una palabra sublime, que reasumía en una acusación directa toda la situación: «¡Busco entre vosotros jueces y solo veo acusadores.»

XVII.

El rey que había escuchado su propia defensa con un interés que parecía mas bien por su defensor que por él mismo, se levantó cuando Deséze concluyó de hablar. «Acaban de esponeros, dijo, mis medios de defensa y yo no los renovaré. Al hablaros, quizá por última vez, os declaro que mi conciencia nada me remuerde, y que mis defensores os han dicho la verdad. Jamás temi que mi conducta fuese examinada públicamente; pero mi corazón está destrozado al hallar en el acta de acusación, que se me imputa haber querido se derramase la sangre del pueblo, y sobre todo que se me atribuyan las desgracias del 10 de agosto. Confieso que las multiplicadas pruebas que había dado en todos tiempos de mi amor al pueblo, me parecían haberme puesto fuera del alcance de toda inculpación, cuando me hubiese espuesto yo mismo por economizar una gota de sangre de ese pueblo.» Salíó concluidas estas palabras.

«Qué se le juzgue en el acto.» pidió Bazire.—«El llamamiento nominal, al momento.» esclama Buhem. Ya es tiempo de que la nación sepa, si tiene razón en querer ser libre, ó si este deseo es un crimen.—Y yo, continúa Lanjuinais, pido que nos atengamos al decreto por el que nos hemos constituido jueces de Luis XVI; mi

respuesta á la proposición que se os hizo, es que Luis XVI sea juzgado; si, es decir, que la ley sea explicada á su proceso; que las formas saludables y protectoras reservadas á todo ciudadano, le sean concedidas como á cualquiera otro; pero que sea juzgado por la Convencion nacional; que lo sea por los conspiradores que se han declarado ellos mismos en esta tribuna, los autores de la jornada del 10 de agosto.—A la Abadía, gritan muchos, en la Montaña.—Os declarais demasiado abiertamente partidarios de la tiranía, dice Thuriot.—Es un realista, ha hecho el proceso del 10 de agosto, gritan al mismo tiempo Duhem, Legendre, Billaud y Duquenois.—Bien pronto va á trasformarnos en acusados y al rey en juez observa irónicamente Julien.—Yo, digo, prosigue Lanjuinais, que vosotros los conspiradores declarados del 10 de agosto, seriais á la vez los enemigos, los acusadores, el jurado de acusación, el jurado de juicio y los jueces...—¡Hacedle callar! ¡es la guerra civil quien habla! ¡pido se le acuse con las pruebas en la mano! dice Choudieu.—Me escuchareis, continúa Lanjuinais.—No, no, bajad á la barra, á la barra de los acusados, gritan mil voces á la vez.—A la abadía, á la Abadía, responden los tribunos. Se restablece el silencio.

«Ne he acriminado, dice friamente Lanjuinais, la conspiración de 10 de agosto; digo que hay conspiraciones santas contra la tiranía: se que ese Bruto cuya imagen veo, fué uno de esos ilustres y santos conspiradores; pero continúo mi razonamiento y digo no podeis ser jueces del hombre desarmado, de quien vosotros mismos os habeis declarado enemigos mortales y personales; no podeis ser jueces habiendo todos ó casi todos declarado de antemano vuestra opinion, y algunos con una ferocidad escandalosa. (Se oyen coléricos murmullos en algunos bancos). Hay una ley natural, imprescriptible, positiva, que quiere que á todo acusado se le juzgue bajo la protección de su país; por consiguiente, si es verdad que